

guarnecida de tropas. Graciano entonces llamó con urgencia las legiones enviadas á Valente y agregó á sus tropas de Galia numerosos auxiliares francos al mando de un intrépido caudillo, Melobaudo, que era al mismo tiempo rey de los francos y conde de los domésticos.

La batalla de Argentaria (Colmar ó Neuf Brisach) fué desastrosa para el ejército enemigo, que pereció casi todo (menos 5.000 hombres). Graciano pasó el Rin en persecución de los fugitivos y rechazó sus restos á las montañas del Schwarzwald (1).

Para obtener la paz, entregaron los alamanos buena parte de su juventud, que siguiendo un uso peligroso fué alistada en las tropas romanas.

Terminada felizmente esta expedición, se puso Graciano en marcha hacia el Oriente, y desde Sirmio, adonde llegó enfermo, escribió á Valente, á la sazón en Andrinópolis, rogándole lo esperara para combatir á los godos con las fuerzas reunidas de los dos imperios. Al recibo de este despacho, se celebró un gran consejo de guerra: el maestro de la caballería, Víctor, general prudente, con todo y ser sármata, el franco Ricomer y la mayoría de los asistentes, propusieron esperar al ejército de las Galias; pero Valente, celoso de su sobrino, quería una victoria que fuera para sí solo; y decidió que se combatiera sin esperar aquel valioso refuerzo.

En su virtud, el 9 de agosto de 378 fué á buscar al enemigo, cuyas fuerzas no estaban aun reunidas todas. Fritigern ganó tiempo con fingidas negociaciones, y cuando supo que los que lo esperaban estaban ya en línea empujó la acción.

Amiano Marcelino describe este combate y esta descripción es la última página de su libro. Su narración carece de claridad y no pueden descubrirse en ella las causas ciertas del gran desastre. Representa á los romanos abrumados de calor, devorados por la sed y hasta faltos de sustento. Pero aquel sol de estío debía ser mucho más abrumador para los godos, y las legiones salían de Andrinópolis, donde no habían escaseado los víveres. Se entrevén ciertos cortes en la marcha de las tropas romanas, deserciones en masa, porque cuerpos enteros hubieron de desaparecer sin haber combatido (2); por parte de los godos un ataque impetuoso de su caballería lanzada oportunamente por Alateo y Safrax sobre el ala izquierda de Valente, que había avanzado en desorden hasta el recinto de los carros, y luego la abrumadora masa de una multitud de hombres cayendo con furor sobre el ejército imperial.

Alcanzado en su fuga el emperador por una flecha fué llevado á una cabaña, á la cual prendieron fuego los godos, impacientes de la resistencia que encontraban. Valente pe-

(1) Un pasaje de Amiano Marcelino da á entender que los alamanos se encontraron cogidos entre las tropas de las Galias y las que Graciano conducía á la Iliria, y de aquí la extensión ó importancia del desastre.

(2) A. Marcelino habla muy á menudo de *proditores* y *tránsugas* conduciendo á los godos al ataque de Andrinópolis, el día siguiente de la batalla, y al de Perinto y Constantinopla. Estos *proditores*, dice, les daban informes y noticias sobre todo lo que había en el interior de las ciudades y aun de las casas.

reció en las llamas, sin que se encontrara nada de su cuerpo. Dos terceras partes del ejército romano, casi todos los generales, con el emperador, y treinta y cinco tribunos habían perecido: era una segunda batalla de Canas.

El día siguiente, á pesar del consejo del hábil Fritigern, que decía querer quedar en paz con las paredes (3), asaltaron los godos á Andrinópolis, donde Valente había dejado el tesoro y las riquezas del palacio. Mas para un asalto, les faltaba todo, menos el valor. Los habitantes de la ciudad y los vencidos de la víspera que habían podido refugiarse en ella, se defendieron como hombres que tenían que salvar la vida. Durante la noche muraron sus puertas, coronaron de máquinas las murallas, y cuando los godos aparecieron, dispuestos al asalto, una granizada de dardos y proyectiles de piedra derribó á los más audaces.

La segunda capital de la Tracia se libró de los bárbaros, pero la Tracia misma les pertenecía. Por toda ella se pasearon tranquilamente sus fieras hordas llevándolo todo á sangre y fuego, aunque pasando de largo por las plazas cerradas, y acercándose poco á poco á la ciudad imperial objeto de toda su codicia. Desde allí descubrían el Asia, donde tenían grandes riquezas que pillar. Pero un fuerte recinto defendía la ciudad, en cuyo seno se agitaba un pueblo inmenso que podían suponer tan bravo y resuelto como el de Andrinópolis, y la emperatriz Dominica prodigaba el oro para excitar y sostener el celo de los defensores de la plaza. Sólo un golpe de mano afortunado podía dar á los godos Constantinopla; pero al contrario, fueron sorprendidos ellos y rechazados por una rápida salida de jinetes sarracenos recién llegados del Asia. Los rubios hijos del Norte con sus ojos azules y su larga cabellera retrocedieron con cierto respeto, sino temor, ante aquellos hombres bronceados por el sol de Arabia, de cabellos cortos y enortijados y cuyo sombrío rostro estaba como alumbrado por el siniestro esplendor de sus ojos. Uno de aquellos salvajes habitantes del desierto, desnudo hasta la cintura, se precipitó puñal en mano en la refriega, dando aullidos de bestia brava, y se le vió arrojar sobre su enemigo caído y chupar la sangre de sus heridas. Fué el primer encuentro de las dos barbaries que debían repartirse el imperio.

Pudiéramos detenernos aquí, porque de Roma no queda ya nada: creencias, instituciones civiles, organización militar, artes, literatura, todo ha desaparecido, y la invasión ha comenzado. Fritigern ha llegado hasta el pie de los muros de Constantinopla; dentro de algunos años, Alarico tomará á Roma. Pero la cuestión religiosa que ocupa tantas páginas en nuestra historia, no está resuelta: el arrianismo domina casi todo el Oriente; en mil otros lugares subsiste el paganismo, hasta en los mayores focos de la ortodoxia, Alejandría y Roma, y un príncipe vendrá muy pronto que dando al antiguo culto los últimos golpes, establecerá la unidad de la Iglesia, y por algunos meses reinará solo en las dos capitales del mundo. Nuestra tarea, pues, no está terminada todavía.

(3) *Pacem sibi esse cum parietibus memorans* (Am. Marcelino, XXXI, 7).

CAPÍTULO CIX

GRACIANO (AGOSTO 367-AGOSTO 383), VALENTINIANO II (22 NOVIEMBRE 375-15 MAYO 392)
TEODOSIO (19 ENERO 379-17 ENERO 395)

I.- REINADOS DE GRACIANO Y DE TEODOSIO HASTA LA PAZ CON LOS GODOS (378-380).

Después de la batalla de Andrinópolis, los sármatas y los cuades pasaron el Danubio, mientras los vencedores de Valente, sorprendiendo el mal defendido paso de Sucques, invadían las provincias ilirias hasta entonces preservadas: el cuerpo del imperio no era más que una llaga dolorosa y sangrienta. «¡Cuántos males! exclama San Gregorio de Nacianzo: la tierra, cubierta de cadáveres, está roja de sangre.» Y un poco más tarde escribía San Jerónimo: «Hace veinte años que, desde Constantinopla á los Alpes Julianos, se viene derramando diariamente sangre de romanos. La Mesia, la Tracia, la Macedonia, la Dacia, la Tesalia, la Dalmacia, la Acaya, los dos Epiros, las dos Panonias, todo está lleno de bárbaros que pillan y matan. ¡Cuántas matronas y vírgenes consagradas al Señor, cuántos nobles personajes han servido á su brutalidad! ¡Cuántos obispos cautivos, sacerdotes degollados, iglesias destruidas, y cuántas veces nuestros altares han servido de pesebre á sus caballos (1)!»

La Galia estaba amenazada de la misma suerte; á la noticia de la victoria de los godos, se prepararon los alamanos á tomar en las provincias transrenanas su parte de pillaje del imperio. La Bretaña y el Africa, en otro tiempo en ascuas, quedaban expuestas á los peligros momentáneamente conjurados por el conde Teodosio; los habitantes de la Cirenaica vivían en continua alarma, y había motivos para temer que en Oriente quisieran los persas aprovechar la desgracia de Valente. «¡El imperio se hunde!» exclamaba dolorosamente San Jerónimo.

Sólo la momentánea lasitud de los bárbaros podía darle un suspiro, como quiera que la sociedad romana por sí misma era incapaz de salvarse. Las poblaciones habían perdido el valor de defenderse, y la ley les quitaba los medios prohibiéndoles el uso de armas.

Y había otro mal: á consecuencia de las mismas invasiones y de la inseguridad creciente cada día, se habían producido en la población tales vacíos que la vida social se aniquilaba. No era la Iglesia la que podía devolver la energía á aquella vitalidad moribunda: el clero vivía en el celibato y exhortaba á los fieles á abrazarlo. San Ambrosio desarrollará en tres libros el mérito de la virginidad, escribiendo no obstante: «Se teme que el género humano vaya á faltar.» Así, pues, muchos cristianos huían al desierto; otros, que se quedaban en la ciudad, huían de la unión conyugal. San Basilio, San Gregorio, San Juan Crisóstomo y muchos otros, fueron monjes antes de ser obispos, y San Jerónimo ponía tan alto el mérito del celibato, que cuando

(1) S. Greg. de Nacianzo, Disc. XII; San Ambrosio, de *Officiis ministrorum*, II, 25. La cita de San Jerónimo está tomada de su carta á Heliodoro, que tiene por título: *Epitaphium Nepotiani*, y que parece haberse escrito en 398 (S. Jerón. *Obras*, t. I, p. 26, ed. de Basilea, 1553). Esta carta revela el estado de aquellas provincias desde la batalla de Andrinópolis, hasta algo entrado el reinado de Teodosio.

se leyó en Roma su carta á Eustoquia, se creyó que condenaba el matrimonio.

Los fieles, con pedir mucho al Estado, no le daban pues nada en cuanto á fuerza política. Sobre la cuestión de las obligaciones civiles, estaban de acuerdo con los filósofos, que recomendaban también el desprendimiento del mundo; de modo que las dos grandes fuerzas morales de aquel siglo hacían de la vida contemplativa el ideal de la perfección, y los que en aquella sociedad hubieran sido los mejores, se negaban al cumplimiento de los deberes sociales.

Esta deserción en el interior y esta ruina del espíritu militar explican por qué los príncipes llenaban de bárbaros el ejército y pedían sus generales á razas enemigas. Entre estos jefes del imperio se encuentran el godo Munderico, que mandaba en la frontera de la Arabia; Modares, el útil teniente de Teodosio en 379; Fravita, de que Arcadio hará un cónsul, pagano y todo como era; Saúl, Bacuro, oficiales más modestos; Eriulfo, que pensaba ya en trasferir á los godos el imperio; Gainas, que procurará trasferirselo; hasta Alarico, cuyo ejército forzará aquellos muros de Roma que no pudo Aníbal franquear.

Y en el otro imperio ¡cuántos pueblos alamanicos y francos no habían dado tribunos, condes y maestros de la milicia! Magnencio era geta; Silvano franco; Arbogast, cuyo cliente será un emperador, era á la vez, como lo había sido Melobaudo, rey de los francos y general romano. «Los bárbaros, dice Zósimo, han tomado domicilio en el imperio, cuya población indígena se ha reducido de tal modo que apenas se reconocen los sitios donde se extendían en otro tiempo poderosas ciudades.»

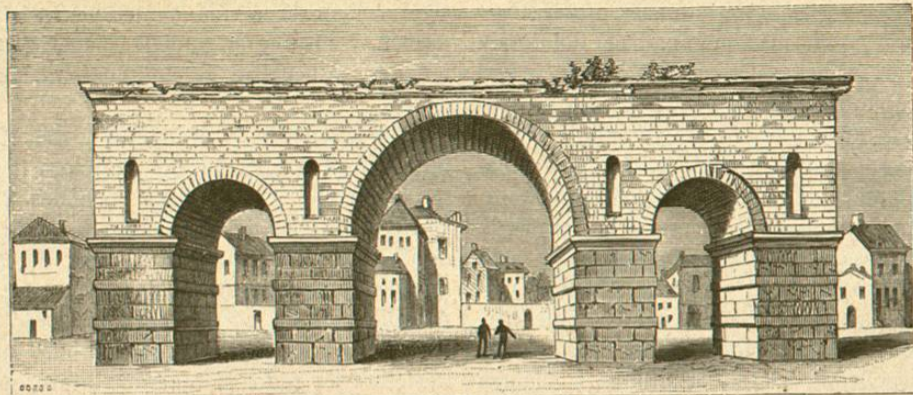
No era Graciano el hombre que reclamaban circunscripciones tan difíciles. Augusto á los ocho años, emperador á los diez y seis y asesinado á los veinticuatro, no tuvo tiempo más que para mostrar en el trono algunas buenas cualidades y mucha flaqueza. Al principio de su reinado, su política religiosa fué vacilante: primero severidades contra los herejes; después una ley de tolerancia; hasta que al fin triunfó en su espíritu la ortodoxia. Levantó el destierro á los obispos expulsados por Valente; adjudicó á los católicos las iglesias de los donatistas y prohibió á estos sectarios celebrar asambleas so pena de confiscación de los lugares en que se celebraran.

Estas variaciones hacen ver que la influencia sobre el joven príncipe era alternativamente perdida ó recobrada por los antiguos consejeros de su padre, ó por San Ambrosio, cuyo dócil discípulo se hizo. Graciano estaba en correspondencia con el gran obispo: pedíale consejos para su conducta, tratados de teología para su fe, y á fin de instruirse mejor, hizo frecuentes mansiones en Milán.

Este fervor ortodoxo era de mal augurio para los paganos, pues si no los inquietó en sus personas ni bienes, persiguió su culto, confiscando el patrimonio de los dioses, consistente en bienes raíces y rentas cuantiosas que la piedad de treinta generaciones había consagrado al servicio de los templos; suprimiendo privilegios de que las vestales y los pontífices estaban en posesión hacía muchos

siglos; quitando de la curia senatorial el altar de la Victoria, y en fin, para desvanecer la última esperanza de protección, negándose á aceptar la túnica sacerdotal que el colegio de los pontífices presentaba al nuevo emperador. Graciano fué el primer príncipe según el corazón de la Iglesia.

Pero era menester pensar en los negocios de Estado: Graciano tuvo el feliz pensamiento de tomar un colega, y eligió bien. Después de la muerte de Valentiniano, se había producido una reacción, según costumbre, contra los adeptos del gobierno caído. La madre de Graciano, Severa Marina, que había vuelto al lado de su hijo, se vengó de su desgracia en los ministros del que había sido su esposo. Eran sobrado frecuentes las revoluciones de palacio para preocuparse de ellas: una de aquellas ejecuciones impresionó profundamente los ánimos, porque inauguraba



Arco de triunfo, en Tesalónica (restauración)

La invasión de ricas provincias había sido fatal hasta á los mismos invasores: los excesos habían producido enfermedades y los godos habían dejado muchos muertos á lo largo de los caminos. El arranque de los primeros días había decaído mucho; unidos para el combate, se habían dividido después de la victoria, y fatigados de chocar en vano con ciudades muradas, habían tomado, con su botín, el camino del Norte. Detuviéronse entre los Balcanes y el Danubio, como países en que quisieran establecerse definitivamente, *genitales terras*; para vivir á sus anchas, se extendieron á lo largo, cada cual en el terreno que le plugo, y la formidable masa perdió su fuerza con su cohesión. Algunas bandas aisladas continuaron recorriendo la Tracia y la Macedonia; mas, sin embargo, pudo Teodosio pasar de Sirmio, donde había recibido la púrpura, á Tesalónica, sin tener malos encuentros. Este gran puerto estaba bien elegido para proveerse de víveres y recibir refuerzos. Pero el ejército del imperio de Oriente quedó casi aniquilado en Andrinópolis: Teodosio reunió difícilmente algunas fuerzas á las cuales procuró devolver el espíritu militar perdido ó relajado; exigencia peligrosa, si no hubiera templado esta severidad con su fácil acceso, su vida sencilla y el ejemplo que daba de lo mismo que exigía (2).

Algunos combates ligeros, y sorpresas que dirigió Modares, de raza real entre los godos, pero al servicio ahora del imperio, y más aún el deseo de los bárbaros de poner su botín en seguridad, libraron la Tracia de las bandas sueltas que quedaban. El 6 de julio de 379 estaba el emperador en *Scupi*, donde restablecía las comunicaciones con el imperio de Occidente por el valle del Save.

(1) ...instimulante et obrepente invidia (Orosio, VII, 33). Bajo el reinado de su hijo, decretó el senado una estatua ecuestre al ilustre muerto (Símaco, I, 22 y 57.)

(2) εὐνόητος; (Zósimo IV, 27)... accessu facilis et absque impe-

el reinado del joven emperador con una mala acción, que privaba al Estado de su mejor general.

En efecto, perseguido el conde Teodosio por el odio de los funcionarios cuyas exacciones había reprimido en Africa, y acusado sin duda de aspirar al imperio, fué decapitado en Cartago el año 376 (1).

Envuelto en su desgracia su hijo, ó no queriendo servir á los asesinos de su padre, se retiró á su ciudad natal de Cauca en Galicia, y allá fueron á buscarlo los mensajeros de Graciano: apenas tenía treinta y tres años; pero sus campañas contra los pictos y su reciente victoria contra los sármatas habían establecido su reputación. La confianza del príncipe y acaso sus remordimientos decidieron la fortuna del joven general. Graciano le dió la púrpura con las prefecturas que Valente había poseído (19 de enero de 379).

Durante estas operaciones en la Tracia, el maestre de la milicia en Asia había ordenado á sus tenientes, por medio de secretos mensajeros, que reunieran en un mismo día, con pretexto de una distribución de dinero, á los godos dispersos en las provincias y los pasaran á cuchillo. Esta matanza pareció á los contemporáneos una medida de salud pública: entre las víctimas había rehenes que fueron entregados como prendas de paz y cuya ejecución había provocado su pueblo rompiendo sus compromisos. Los antiguos usos autorizaban esta crueldad. Según parece, hubo de ser propuesta por el maestre de la milicia y aprobada por el senado de Constantinopla en ausencia de Teodosio. Pero es dudoso que aquella débil asamblea hubiera tomado semejante resolución, ni estaba tan lejos Tesalónica para que no pudiera consultarse el caso con el emperador. Los actos de extremo rigor no le desagradaban, y encontraremos la prueba en sus leyes y en su conducta misma.

A principios del año siguiente (380) una grave enfermedad lo retuvo en Tesalónica. Era cristiano y cristiano del credo de Nicea, como todos los occidentales, y el peligro de muerte lo decidió á pedir el bautismo, que entonces retardaban muchos catecúmenos hasta la última hora, á fin de aparecer ante el Juez supremo sin mancha de pecado, puesto que el bautismo los borra todos. Ambrosio no lo recibió hasta su elección para el obispado de Milán, y Sinesio, noble y rico como él, apenas será cristiano cuando el pueblo de Cirene le obligue á ser su obispo.

Teodosio celebró su entrada en el gremio de la Iglesia ortodoxa, con un edicto de persecución: la constitución del 27 de febrero de 380 condenó la doctrina arriana, y

riali fastu ad colloquium se humilibus prabere (Rufino, II, 19). Jordanes (27) y Aurelio Victor (48) dicen lo mismo. En Pacato, 10, se lee: *dux consilio, miles exemplo*. Las reconvenções que Zósimo le dirige no parecen fundadas.

colocó á los herejes de Oriente en la condición en que Graciano había colocado á los de Occidente.

«Es nuestra voluntad, dice, que todos los pueblos gobernados por nuestra clemencia profesen la doctrina traída á los romanos por el apóstol Pedro y enseñada hoy día por el pontífice Dámaso, de Roma, y Pedro, obispo de Alejandría. Sólo los que sigan esta ley se llamarán cristianos católicos: los locos é insensatos, *dementes vesanosque*, que quieran defender la infamia del dogma herético, no han de dar ya el nombre de iglesia á sus conciliábulos, y mientras les llega la venganza divina, serán castigados por la nuestra (1).»

Una ley del mismo día precisaba esta amenaza: «Quien por ignorancia ó negligencia viole la santidad de la ley divina, comete un sacrilegio.» Y la pena del sacrilego era la muerte en la hoguera, en el anfiteatro, ó en cruz.

Aflige verdaderamente esta intolerancia, pero no puede extrañarse, porque rara vez ha visto el mundo gobiernos bastante prudentes para no pretender arreglar la conciencia religiosa ó política de sus gobernados.

En cuanto es posible hacer salir la verdad de un caos de confusos datos, parece que hubo de ocurrir una nueva invasión en este mismo año de 380: unos hablan de derrotas de los romanos y otros de victorias, y todos deben de tener razón. Es probable que el grueso de la nación goda no se moviera; pero grandes movimientos de pueblos turbaban aun la Germania: los longobardos, procedentes del Norte, habían rechazado hácia el Oeste á los vándalos, que llegaron hasta los confines de la Galia; algunos pueblos, empujados hacia el Sur, pasaron el Danubio, arrastrando consigo bandas sueltas de godos, y la Tracia, Macedonia, Tesalia y el Epiro fueron de nuevo saqueadas por Fritigern con sus visigodos, y la Panonia por Alateo y Safrax con sus ostrogodos.

Las tropas romanas chocaron con partidas de pillaje, ahora victoriosamente, ahora sin ventaja: un día por poco no cae en sus manos el mismo Teodosio, que sólo debió su salvación á la ligereza de su caballo.

Este revés y una recaída en su enfermedad, lo decidieron á reclamar refuerzos de Graciano; pero el Occidente estaba amenazado también de una invasión: los vándalos querían buscar en la Galia la fortuna que los godos habían encontrado en la Tracia. Graciano se desembarazó de ellos cediéndoles la alta Panonia, y mediante este sacrificio pudo enviar á su colega algunas tropas al mando de los caudillos francos Arbogast y Bauto, dos bravos soldados, y el último, padre de la emperatriz Eudoxia.

Bárbaros contra bárbaros, la victoria fué de los más disciplinados, quedando otra vez libertadas Tracia y Macedonia. Graciano acabó la pacificación de estas provincias tratando con los godos.

Estos bárbaros, cuyos instintos destructores se despertaban en las expediciones de pillaje, estaban aun asombrados de su propia victoria. Con el botín de la Tracia, habían llevado á su retiro la más alta idea del imperio que habían vencido. Comparaban sus cabañas de barro, sus villajos abiertos y sus caminos fangosos con aquellas ciudades tan bien asentadas al amparo de poderosas murallas en un suelo saneado, con aquellos audaces puentes tendidos sobre los ríos, con aquellos indestructibles caminos, que surcaban los llanos y atravesaban los montes, y sentían, hacia

(1) *Cod. Teod.*, XVI, 1, 2. *Cunctos populos... in tali volumus religione versari*. De este mismo año 380 están fechadas nueve leyes contra las concusiones y los robos de los jueces y de los hombres pudientes. Cf. Godefroy, en el *Cod. Teod.*, t. I, p. 108. El mal que hemos señalado con tanta frecuencia, no disminua pues.

una civilización que eran ya capaces de comprender, sin poderla aun imitar, la ingenua admiración que el sucesor de Fritigern expresaba algunos meses más tarde.

Llamado á Constantinopla por Teodosio, el rey Athanarico exclamaba, al atravesar la ciudad imperial: «Ahora veo por mis propios ojos lo que no había querido creer, el esplendor de esta gran ciudad. ¡Ah! el emperador es un dios sobre la tierra, y quien se atreva á levantar la mano contra él, perecerá.»

Esta primera impresión no se borrará: la nación goda conservará el respeto del imperio, y devastando y todo sus provincias, se propondrá hacerle vivir, á lo menos en su provecho: Ataulfo en la Galia y Teodorico en Italia, hablarán ó pensarán lo mismo que Athanarico.

Los vencedores de Andrinópolis estaban pues dispuestos á volver á las condiciones estipuladas con Valente: obtener tierras en el imperio y combatir por él. Graciano juzgó que la pérdida de provincias devastadas no sería un daño considerable, y que los godos defenderían mejor el paso del Danubio que las débiles guarniciones enviadas á aquellos lugares desiertos. Se granjeó la buena voluntad de los jefes con presentes y pensiones, y la masa del pueblo con promesa de víveres, sin duda hasta la cosecha próxima, y les abandonó, exentas de todo impuesto, las fértiles tierras que se extienden desde los Balcanes hasta el gran río.

Teodosio, que había estado al corriente de estas negociaciones concernientes á sus provincias, se apresuró á ratificar el convenio, y recibió en cambio reclutas tan numerosos que no parecía sino que su ejército se componía sólo de bárbaros.

«Se restablecieron, dice Jordanes, en igual número y bajo el mismo nombre, los federados de Constantino.» Esto era un peligro; y Teodosio procuró disminuirlo enviando buen número de estos peligrosos reclutas á las provincias, de donde retiró viejas tropas romanas. Así, el hijo del príncipe persa Hormisdas condujo á Egipto un cuerpo de godos, que reemplazó sin peligro para el imperio, pero no sin perjuicio de los habitantes, la legión de Alejandría. Ya en el camino cometieron mil violencias: en una ciudad de Lidia se sublevaron los ciudadanos contra los incorregibles pilladores y mataron hasta doscientos. No se nos dice la pérdida de los ciudadanos en esta refriega, ni cuántas veces se renovaron semejantes escenas. Pero estamos ciertos de que esta manera de reclutar el ejército romano hizo expiar cruelmente su ineptia al gobierno, y á las poblaciones su cobarde abandono del servicio militar.

Príncipes y pueblos, al contrario, se felicitaban de esta política cuyas desastrosas consecuencias no veían; porque todos tenían, con el orgullo de los recuerdos, una vanidad fácil de satisfacer. A estos bárbaros que iban á dominarlos llamaban ellos siervos del imperio: *Romano serviebant imperio*. Así, cuando después de la paz que sancionaba el primer desmembramiento, volvió Teodosio á Constantinopla, el 14 de noviembre del 380, entró como triunfador. Seis semanas después, la llegada de un juez de los godos fué ocasión de nuevos gritos de victoria. Parece ser que Athanarico fué llamado por su pueblo, á la muerte de Fritigern, y sin duda para confirmar el reciente tratado se trasladó á Constantinopla (2).

El emperador lo recibió con magnificencia, lo colmó de presentes, y habiendo muerto el viejo caudillo algunos días

(2) Jordanes dice que sucedió como jefe de los visigodos á Fritigern. Este, que había sido su rival y aun enemigo, desaparece efectivamente de la historia en este momento y los honores tributados por Teodosio á Athanarico confirman el aserto de Jordanes.

después (enero 381), le hizo funerales regio, de que se habló entre los bárbaros.

Esta conducta atrajo á otros jefes, deseosos de trocar una vida inquieta y ruda, en medio de sus turbulentos compatriotas, por los provechos, los tranquilos honores y los gozes de la vida romana.

El convenio hecho con el cuerpo de la nación no impidió que algunas bandas sueltas recorrieran el país en son de guerra por espacio de dos años todavía. El general Saturnino logró negociar con ellas, bajo las mismas condiciones, un tratado, que el 5 de octubre de 382 puso fin á la gran guerra de los godos. «Mala paz,» escribe Idacio, *infida pax*. En efecto, el imperio perdía en ello muchas provincias, y los bárbaros, que conservaban sus jefes nacionales y sus costumbres, no se sometían, en las tierras que se les habían cedido, ni á las leyes ni á los magistrados de Roma; eran sus aliados y no súbditos suyos (1). Habían prometido al emperador ayudarle en todas sus guerras y le suministraron voluntarios que recibieron un sueldo superior. Se les reconocía por sus collares y brazaletes de oro y sobre todo por su turbulencia, porque aquellos protectores del imperio no estaban lejos de creerse en país conquistado, ni tenían más que desprecio para la inmensa multitud de los provinciales.

En efecto, ya hemos visto los desórdenes causados por los que Teodosio enviara á Egipto; otros intentaron pillar la ciudad de Tomi, donde mandaba un bravo general, el conde Geroncio. Cuando quiso rechazar á aquellos bandidos, sus soldados temerosos se negaron á seguirlo, y para arrastrarlos á la acción fué preciso que se lanzara él solo en medio de los enemigos. De este modo logró libertar aquel rincón de la Tracia; pero en lugar de recompensarlo, Teodosio lo castigó. Amenazado de una sentencia de muerte, Geroncio no pudo sustraerse al suplicio sino abandonando todos sus bienes á los eunucos del palacio.

Un día, en Constantinopla, llevaron su insolencia los godos á tal extremo, que amotinado el pueblo hubo de dar muerte á uno de ellos, y Teodosio, para prevenir el enojo de aquellos bárbaros, castigó á la ciudad entera privándola de la mitad de una de sus distribuciones diarias. Algunos años después, para vengar la muerte de uno de sus oficiales asesinado en Tesalónica, ordenará la matanza de los habitantes de esta ciudad. Hasta en su misma mesa cambiaban palabras violentas, y á veces sacaban las espadas y corría la sangre.

En las guerras civiles prestaron buenos servicios, porque expediciones á las provincias prometían botín; pero más de una vez reconoció Teodosio cuán mudable era la fe de aquellos hombres, que admirando y todo la civilización del grande Estado, se sentían extranjeros en el imperio y creían tener sobre sus riquezas el derecho del más fuerte. Cuando Teodosio marchó contra Máximo, muchos federados desertaron para recorrer al pillaje la Macedonia y la Tesalia; y durante su permanencia en Italia, ó á su vuelta á Constantinopla (10 noviembre 391), otros godos mataron á Promoto, uno de sus mejores generales. El vándalo Estilicón, amigo de este oficial, quiso vengar su muerte, y logró encerrar sus revoltosas bandas en un estrecho valle, donde hubiera podido exterminarlas, á no haber preferido Teodo-

(1) Temistio, *Disc.* XVI, p. 210; Claudiano, *in Eutropium*, II, versos 153 y 194. Cf. Wietersheim, II, p. 68. Es inútil añadir que este autor alemán da por excelente la política que abría el imperio á los germanos, y aun reprocha al contemporáneo Sinesio vituperarla. Todo lo que puede decirse en favor de Graciano y de Teodosio es que eran los herederos necesarios de una política desdichada, cuyos peligros hemos señalado cien veces.

sio tratar con ellas. Era el grande amigo de los godos, como Jordanes lo llama; amistad funesta al imperio, pero impuesta por las circunstancias. La detestable organización del ejército romano, en el siglo IV, y no sólo las deferencias de Teodosio, hicieron la amenazadora fortuna de los godos. Pensando en todos estos bárbaros, exclamaba Sinesio: «La roca de Sísifo está suspendida sobre nuestras cabezas.»

II. — GRACIANO Y TEODOSIO DESDE LA PAZ CON LOS GODOS HASTA LA MUERTE DE GRACIANO (380-383).

Hacia más de cuarenta años que Constantinopla era la ciudadela del arrianismo. Demófilo, su obispo, gobernaba sus iglesias, y el ortodoxo Gregorio de Nacianzo no tenía más que un oratorio, donde se reunían sus adeptos, y se llamaba *Anastasia*, la Resurrección, porque la fe de Nicea resucitaba allí. Ya en Tesalónica había declarado la guerra á la herejía el emperador Teodosio, y ahora intimó á Demófilo que aceptara el símbolo de Nicea: á su negativa, lo depuso, y después, rodeado de sus guardias y con grande aparato militar, condujo personalmente á Gregorio á la catedral y lo puso en posesión de todas las iglesias de la ciudad y de sus rentas (2).

La población estaba consternada; pero nadie se resistió, y Constantinopla volvió á ser ortodoxa, como se había hecho arriana, de orden superior.

«Ahora, dijo tristemente Símaco, alejarse de los altares es el medio de ganar el favor de los príncipes.» Pero Demófilo tuvo más dignidad. Cuando recibió el orden del emperador reunió su clero y le dijo: «Escrito está en el Evangelio que si se nos persigue en una ciudad, huyamos á otra. El emperador nos expulsa de aquí; mañana oraremos en otra parte.»

Pero la cólera del emperador iba á seguirlos adonde quiera que fueran. Aquel español cuyo celo es como el anuncio de las santas violencias que andando el tiempo, harán famoso su país, extendió á todo el imperio de Oriente la revolución que había hecho en Constantinopla: de él quedan diez y seis constituciones contra los herejes. La del 10 de enero de 381 hace del símbolo de Nicea la ley del Estado: devuelve á los ortodoxos las iglesias y los lugares sagrados, y prohíbe á los herejes reunirse en las ciudades. Teodosio habla en ella con odio y desprecio «del veneno arriano, de la lepra fotiniana, de la perfidia emoniana.» — «Ningún hereje tenga donde celebrar sus misterios, ni encuentre en ninguna parte ocasión de ejercer su obstinada demencia.»

Semejantes palabras debían inspirar terror y provocar numerosas conversiones. Por fortuna, no imponía la ley más pena que la expulsión de la ciudad para aquellos que intentaran infringir la ordenanza, y á pesar de estas ruidosas amenazas dejaba á los arrianos la facultad de reunirse en los arrabales y en el campo.

Había entonces un maestro de la milicia, cuyo nombre, Sapor, indica su origen y muestra el extraño abigarramiento de aquel estado mayor imperial, formado de bárbaros y extranjeros; y Teodosio, que había confiado á Hormisdas la difícil misión de conducir godos á Egipto, encargó á Sapor de ejecutar su edicto.

Sapor llenó su misión sin encontrar resistencia: aquellas

(2) Algunos meses después, fué Gregorio consagrado obispo de Constantinopla por Melecio, patriarca de Antioquía, en contra del canon 15.º del concilio de Nicea que prohíbe á un obispo pasar de una silla á otra, canon que se observaba mal. Sus adversarios se sirvieron de esta infracción para suscitar contra él tan viva oposición que tuvo que dimitir Gregorio.

poblaciones serviles, y acaso fatigadas, en fin, de discusiones teológicas que no comprendían, hubieron de abandonar sus creencias al príncipe, como le habían abandonado sus intereses políticos; y el clero arriano, por su parte, acostumbrado á vivir del favor del príncipe, aceptó su destitución, cuando vió que se alejaba de él este favor.

Sólo en Antioquía encontró algunas dificultades el maestro de la milicia. La ciudad tenía entonces tres obispos, sin contar numerosos paganos. Sapor designó al que había de llevar exclusivamente este título, y la turbulenta ciudad aceptó el jefe espiritual que el general persa le daba. Sin embargo, los más ardientes arrianos continuaron reuniéndose en los arrabales; otros ocultaron su fe esperando alguna ocasión de manifestarla; y al rumor que corrió un día en Constantinopla de que Teodosio había perecido en una expedición, los arrianos de esta ciudad prendieron fuego á la casa del obispo ortodoxo.

Para consagrar la transformación religiosa de su imperio y completar el símbolo de Nicea con la condenación de los macedonios que negaban la divinidad del Espíritu Santo, convocó Teodosio, en mayo de 381 en Constantinopla, un concilio que se tiene por ecuménico, aunque no hubieran asistido á él más que obispos orientales. Muchos habían variado en sus creencias no pocas veces; pero se sometieron á la doctrina que el emperador quería que prevaleciera.

En otro lugar dimos las adiciones hechas por los Padres del concilio de Constantinopla al credo de 325: también modificaron el canon 6.º de Nicea, que había reconocido de una manera harto vaga un grado superior á los obispos metropolitanos, el de los patriarcas de Roma, Alejandría y Antioquía, los tres obispados que se creían fundados por los apóstoles. Hicieron de la silla de Constantinopla el cuarto patriarcado, al cual se le asignó el segundo grado jerárquico, conservando Roma el primero (1). «Estos decretos, dice Sócrates, fueron confirmados por el consentimiento y aprobación del emperador.»

No todo pasó santamente en este concilio: en él se sostuvieron dos enojosos debates y se cometieron dos injusticias: una, haciendo bajar á Gregorio Nacianceno de la silla de Constantinopla; otra haciendo subir á Flaviano á la de Antioquía. Gregorio se sometió, pero se vengó. En la historia de su vida habla con irreverencia de aquel concilio, donde oyó graznidos de cuervos y sintió las picadas de las avispas.

«Apenas había hablado, dice, cuando por todas partes se levantaron clamores: hubiérase dicho una bandada de cuervos, una tempestad levantando torbellinos de polvo: era la batalla de los vientos. Charlaban neciamente y zumbaban como una nube de avispas que saltan á la cara (2).»

(1) El concilio de Calcedonia (451) reconoció á la silla de Constantinopla «las mismas ventajas que á la Iglesia de Roma,» decisión que contenía en germen el cisma oriental. Este concilio creó el cuarto patriarcado, el de Jerusalén. Pero muchas provincias se negaron á entrar en esta organización, y fué menester dar el título de *exarcas* á los metropolitanos de Heraclea en Tracia, de Efeso y de Neo-Cesarea, independientes antes del metropolitano de Constantinopla. A pesar de las decisiones conciliares relativas á la jerarquía, muchos obispos sólo conocían á sus metropolitanos. Sinesio de Tolemaida, tan deferente con el patriarca de Alejandría, parece ignorar la existencia del papa; en sus 157 cartas no se encuentra una palabra alusiva á la Santa Sede ó al imperio de Occidente. Los Padres de Constantinopla fueron 150. Pero ni el papa ni los obispos de Occidente tomaron parte en este concilio. Sin embargo, se les comunicaron los decretos, según uso, á fin de que aceptados por ellos, hicieran fe en la Iglesia universal.

(2) *ἄτακτα παρὰ λόγους ἢ σπρηδὸν δίκην*, v. 1681-1687, ed. Caillaud. «Gregorio, dicen los Benedictinos, en el *Arte de verificar las fechas*,

El sucesor de Gregorio fué un anciano, Nectario, antiguo pretor, que no estaba aun bautizado (3).

Mientras los Padres del concilio de Constantinopla acababan de formular el dogma católico, á la vez que tratando de extranjeros á los obispos de Occidente (4), continuaba Teodosio su guerra contra los oposicionistas. Dos leyes retiraron á los cristianos que volvían á los altares de los dioses, á los maniqueos y á algunos otros sectarios, un derecho que era el privilegio esencial del ciudadano romano, el derecho de testar y de recibir legados y donaciones. Los bienes cuya transmisión se hiciera contra estas leyes, recaían en el fisco, á menos que los hijos de los castigados por ellas no entraran en el gremio de la Iglesia católica.

San Pablo había dicho: «Si alguien hace estas cosas, entreguese á Satanás, para que castigado en su cuerpo, se salve en su alma.» Para San Pablo, Satanás era el mundo de las impurezas, en medio del cual era arrojado el pecador. Pero la palabra del apóstol se prestaba á otro sentido; para Teodosio, Satanás iba á comenzar su oficio de verdugo. La constitución del 31 de marzo de 382 decretó contra los maniqueos y los sectarios que se les parecían el último suplicio; provocó las delaciones, y para tenerlas más numerosas, suprimió la responsabilidad en que incurra el delator cuando no probaba la acusación; y en fin, aplicaba las mismas disposiciones penales á los que no celebraban la Pascua el día señalado por la Iglesia ortodoxa.

Por la primera vez aparecía en una ley contra los herejes, una palabra reservada á triste celebridad, la palabra *inquisidor*, y Teodosio la escribió.

El año precedente había reunido Graciano en Aquilea un sínodo que condenó á dos obispos de Iliria acusados de arrianismo. Así pues, los dos emperadores habían hecho un poderoso esfuerzo para atraer á una misma creencia á las iglesias de Oriente y Occidente; y se realizaba un gran hecho, la unidad doctrinal de la cristiandad, sin que el obispo de Roma, á quien estaban reservados los provechos de la victoria, hubiera combatido en Constantinopla ni en Aquilea para obtenerla (5).

t. II, p. 283, representa á los Padres de este concilio como hombres ignorantes y groseros, como soberbios y ambiciosos, como avaros que no piensan más que en adquirir por todos medios, como hipócritas, que bajo la apariencia de virtudes ocultan grandes desórdenes... Son, dice, hombres petulantés, amigos del fausto, entregados á los placeres de la mesa, enemigos de la verdad, dispuestos al perjurio, cuando el interés lo exige, almas bajas y feroces que se arrastran á los pies de los poderosos y son como leones para con sus inferiores.»

(3) Sobre esta elección singular, véase á Sozómenes, VII, 8, 10. En sus *Cartas* repite Gregorio muchas veces que es su intención huir de toda congregación de obispos, porque no ha visto nunca un concilio que haya tenido un buen fin (De *Broglie*, *op. laud.*, t. V, p. 88).

(4) *Ξένον γὰρ ἔστιν, ὡς ὁρῶ, νῦν ἡ ὀδύς* (Greg. *Nac.*, t. II, página 26). San Basilio era de la misma opinión: no reconoce al obispo de Roma ningún derecho particular; la autoridad superior en la Iglesia reside en los concilios. Así cuando reclama el auxilio del Occidente contra los arrianos de Oriente, se dirige á los obispos de Italia y de la Galia (*Cartas* 70, 90, 92). Para él, el papa, «corifeo de los occidentales,» es un prelado altivo que tomó el orgullo por la dignidad y se pone tan alto que no puede alcanzarlo la verdad (*Cartas* 215, 239). Reprochaba á los obispos de Roma torcerse hacia los sabelianos, que no veían en la Trinidad más que tres actos de un mismo principio.

(5) Sobre las numerosas diferencias que existían aún entre las iglesias, véase un curioso capítulo de Sócrates, *Hist. eccl.*, V, 22. Los 33 obispos, casi todos italianos, del sínodo de Aquilea pidieron en una carta dirigida al emperador que hiciera cesar en Roma la rivalidad de Dámaso y de Ursino «para devolver la paz á esta iglesia, cabeza del mundo, de donde partían respetables admoniciones para todas» (Sept. 381, San Ambr. *Epist.* 11). Las iglesias de Oriente no se preocupaban de los intereses de la Iglesia romana. Cuando, en 382, propusieron los occidentales la reunión de un concilio ecuménico en Roma para